

No hay para los humanos
ni honor más grande ni mayor consuelo;
¡morir con una flor entre las manos,
es morir abrazados con el cielo!

XVI

De este modo en un día
aumentando el dolor ó la alegría
de fantasmas ya tristes, ya risueños,
la única rosa que en la estancia había
fué el honor y el testigo de tres sueños.
Y ¿no es verdad, lectores,
que pueden ser, en casos semejantes,
más útiles las flores
que las perlas, el oro y los diamantes,
cuando pudo una rosa, de esta suerte,
perfumar y adornar con su presencia
el sueño angelical de la inocencia,
el sueño del amor y el de la muerte?

LOS CAMINOS DE LA DICHA

POEMA EN TRES CANTOS

A mi querido sobrino D. Cayetano de
Aicear y Ramírez de Arellano.

CANTO PRIMERO

CARTA DE UN TÍO PATERNO DIRIGIDA Á SU SOBRINO
EL AUTOR DE ESTE POEMA

I

Sé que te vas, y mi alma te acompaña.
Navia es de Asturias la región más bella,
aun siendo Asturias lo mejor de España;
mas vete á descubrir á tierra extraña
de tu ambición la misteriosa estrella:
cual Mahoma al llamar á la montaña,
«Pues no viene ella á ti, vé tú hacia ella.»

II

Vete á Madrid y arroja las cadenas
que te atan á los seres
que desde niño con el alma quieres,
y busca, en horas de entusiasmo llenas,
el fuego tentador de los placeres,
de la pasión las adorables penas,
el goce de la gloria y las mujeres.

III

No es el campo, sobrino,
la tierra en que germina la ventura
del humano destino,
aunque así lo asegura
Virgilio, que era un tierno campesino,
con un talento igual á su ternura.
¿Quién en el campo á soportar se atreve

los cambios incesantes
de la lluvia y la nieve,
aunque nos juren antes
que cada vez que llueve
hace el cielo una siembra de diamantes?
¡No hay suerte, á la verdad, más importuna
que tengan que gozar desde la cuna
nuestros sentidos, de placer sedientos,
la insípida fortuna
de ver y oír atentos
un día y mil, sin diferencia alguna,
ruidos del mar, rumores de los vientos,
rayos del sol, matices de la luna!

IV

Mientras á Dios le ruego
que te dé su ventura,
y en tanto que con mística ternura
á su divina voluntad me entrego
(pues en cosas de fe, según el cura,
para ver algo claro hay que ser ciego),
tú aléjate contento
y realiza el feliz presentimiento
que en tu viril naturaleza fundo.
Ese pueblo de Navia es un convento;
si tienes corazón y entendimiento,
echa el mundo á un rincón y hazte otro mundo.
Para darte, sobrino, estos consejos
tengo hoy motivos graves,
pues he visto ayer tarde á los vencejos
volar de cierto modo; y tú ya sabes
que los augures viejos
el porvenir leían desde lejos
el vuelo interpretando de las aves.
Ten en mí confianza
y afronta la ambición con alma fuerte;
así te evitarás la triste suerte
de ver, cual yo, pasar en lontananza
después de una esperanza, otra esperanza,
¡y luego otra! ¡y luego otra! ¡hasta la muerte!

V

Y mientras corre la existencia mía
en ver cómo tu tía
el tiempo, el oro y la paciencia gasta
en vestir de la iglesia los altares

(imitando en lo buena y lo entusiasta
la esposa del Cantar de los Cantares
furiosamente enamorada y casta),
tú, parodiando en su afición guerrera,
y aunque sea también en lo hugonote,
á tu tío Fabián, el calavera,
que es más loco y matón que un don Quijote,
vete á ser gran artista, ó gran guerrero,
con frente altiva y corazón entero,
pues no hay cosa mejor que ver á un hombre
cómo eleva su nombre
á Pontífice, ó Rey, desde porquero.
Y aunque sé que en los campos hay momentos
en que templan del mundo los pesares
rumores de las aguas y los vientos,
flores, aves, amores y cantares,
quiero que tengas siempre en la memoria
que, más que este placer, vale la gloria
de sacar del olvido
una raza, aunque noble, sin historia.
Y cuando ausente del paterno techo,
el cielo te depare honra y provecho,
y la envidia, encubriendo sus rencores,
grave en letras de molde tus loores,
tu tío los leerá más satisfecho
que una niña que escucha desde el lecho
en la alta noche una canción de amores.

VI

¿La dicha de un lugar?... ¡Maldita sea!
Un sepulcro sin paz es cada aldea.
Estaba san Jerónimo en lo cierto
cuando dijo una vez: «Roma, ó el desierto».
Y aunque es mucha verdad que yo he sentido
mil veces un placer desconocido
cuando, al morir el sol en Occidente,
se apaga todo ruido
y se oye solamente
el himno de las aguas de la fuente,
la elegía sin fin del mar dormido,
tú abandona los tiernos amorcillos
á esos pechos sencillos
que hasta encuentran un son que los recrea
en el ritmo invariable de los grillos
que cantan en los prados de la aldea;
y lleno de ilusiones,
ten, sobrino, presente
que del mundo en las múltiples regiones,

sólo es vivir realmente
cuando son nuestro pecho y nuestra mente
un huracán de ideas y pasiones.

VII

Y pues me deja el sol, también te dejo.
¡Adiós! Que siendo de virtud espejo,
no aficiones jamás tu mano avara
del oro y de la plata al vil manejo.
Fortuna grande y pronta es cosa rara,
y, como dice un castellano viejo,
nunca el Duero creció con agua clara.
En la pública escena
no adules para nada
la multitud, que es ignorante y buena.
Con la frente serena
defiende con tu lengua y con tu espada
la noble condición de los Pompeyos;
y, digno siempre de tu estirpe honrada,
no enrojezcas con ácidos plébeyos
la sangre de tu madre algo azulada.
Te mando esos cien duros. Hazte un traje
que tenga mejor corte que los míos:
es propio, el buen vestir, de un buen linaje.
No olvides que el más bueno de los tíos
es *Celedonio Campoamor*.—¡Buen viaje!

CANTO SEGUNDO

CARTA DE UN TÍO MATERNO DIRIGIDA Á SU SOBRINO
EL AUTOR DE ESTE POEMA

I

¿Me han dicho que te vas, y que nos dejas?
No lo quiero creer; mas si te alejas,
en tu vida azarosa
verás por cada joven veinte viejas,
y cien feas ó más por cada hermosa.
Tu espíritu anhelante
no encontrará en la tierra un solo amigo,
ni una mujer constante...
Hago mal en decir esto que digo,
pero, en fin, ya lo he dicho, y adelante.

II

¿Insistes en partir? ¡Ay! Por lo visto,
ebrio de amor, de gloria y de riqueza,
comienza á fermentar en tu cabeza
la fecunda ilusión de lo imprevisto.
Márchate, pues; que mientras tú emponzoñas
tu corazón, que es bueno como el mío,
en el campo tu tío
con pedazos de caña hará zampoñas;
y siendo ya además tan buen creyente,
como esas almas bellas
que candorosamente
llaman cielo al espacio y las estrellas,
con sano corazón y puramente
entre mozas de bien y lugareños,
compondré mi ventura fácilmente
con flores y con luz, música y sueños.

III

Ya sabrás en Madrid, si no lo sabes,
que de mí se ha de hacer larga memoria
al relatar los escritores graves
las grandes niñerías de la historia;
pues en la guerra han sido,
si mal reconocidos, muy sonados
los golpes que yo he dado y recibido;
aunque, si he de ser franco, bien contados,
son más los recibidos que los dados.
¡Oh término fatal de mi grandeza!
¿A quién no causa risa la memoria
de un héroe á quien le rompen la cabeza?
Es un tratado de moral mi historia:
después de mucho amor y mucha gloria,
¿qué he alcanzado? Este reuma y la pobreza.

IV

Como ya en un rincón busco el reposo,
á la pobreza y la virtud me atengo;
y, puesto que es forzoso,
después que me he metido á virtuoso,
desprecio mucho el oro que no tengo;
pero, hablando, cual suelo, vivo y claro,
te confiesa mi orgullo, aunque lo siente,
que hoy bebo de lo tinto solamente,

yo que siempre he bebido de lo caro ;
y vuelvo á confesarte con franqueza
que, en mi suerte variada,
después de haber gozado la riqueza,
no conozco una cosa más forzada
que entrar en la virtud por la pobreza ;
y es que tener dinero y ser soldado
sería un imposible realizado,
como el milagro de tu tía Andrea,
que es de Avilés, y sin embargo es fea.
¡Muy fea! Y tú no extrañes si atrevido
hoy de tu tía el mérito rebaja
un hombre como yo, que siempre ha sido
soldado del amor hasta que, herido,
la fuerza de la edad le dió de baja ;
mas aunque yo en materia de placeres
puedo jurar por Venus y por Baco
que, excepto el vino, el juego y el tabaco,
no tuve más pasión que las mujeres,
permíteme que escriba,
aunque sé que te pesa,
contra una lugareña tan altiva
que, porque fué alcaldesa,
se peina pelo arriba, pelo arriba,
lo mismo que si fuese una duquesa.
¿No es natural que la paciencia pierda
quien sabe que tu tía, aunque es tan lerda,
domina á Celedonio de tal modo
que bisexual, por imitarla en todo,
se abrocha los botones á la izquierda?
Y es feliz, sin embargo, y yo te juro
que ya vivir obscuro
como tu tío Celedonio quiero,
que, sin saber que hay guerras ni pan duro,
recita de memoria á Horacio entero ;
y entre un mastín y su mujer, seguro,
vegeta sin pasado y sin futuro,
siendo de enero á enero
feliz como los cerdos de Epicuro,
de los cuales ¡oh dicha! es el primero.

V

¡Qué vergüenza la mía!
Oye aparte una cosa reservada:
al volver á esta patria abandonada,
ha renacido en mí la idolatría
de una antigua pasión, tan adorada,
que di una vez por ella una estocada

á un inglés muy grosero que bebía,
lo mismo que si fuese una ambrosía,
un fermento de lúpulo y cebada.
Y pese á mis enormes desengaños,
adoro, en cuanto es dable, con ahinco
á esa hermosa mujer de treinta y cinco,
que tenía cuarenta hace diez años.
¿Me casaré con ella? Si me caso,
será porque con maña, paso á paso,
irá excitando la flaqueza mía
con su austera virtud, coquetería
con que Leonor enloquecía al Tasso.
¡Cuántos héroes famosos
acaban, como yo, por ser esposos
de mujeres cansadas
que la suelen echar de desgraciadas
después de hacer á pares los dichosos!
Tal vez sea mi sino
ser feliz, siendo bueno y candoroso,
probando que es verdad el desatino
de que hacen vivir siglos á un esposo
la castidad, las sopas y el buen vino ;
y ya en mi Rubicón la suerte echada,
imitaré en mi santo matrimonio
el cariño de Andrea y Celedonio,
que gozan de enramada en enramada,
lo mismo que dos tórtolas dichosas,
la paz que hay en el seno de las cosas
antes que Dios las saque de la nada ;
y siguiendo sus huellas,
¿quién sabe si, abjurando mis errores,
volveré todavía á encontrar bellas
la ruda sencillez de los pastores,
las ovejas, las aves y las flores,
la tierra, el mar, la luna y las estrellas?

VI

¡Ah! si cual yo demente,
tomas un día estado,
que te proteja Dios ; mas ten presente
que tienes que mandar ó ser mandado,
pues todo esposo bueno y obediente
vive en la hoguera de Abraham tostado.
Y no echés en olvido
que no falta marido
que, al mes de ser dichoso,
¡oh tentación del fruto prohibido!
quisiera ser de su querida esposa,
volviendo á ser de su mujer querido.

VII

¿Te vas al fin? Pues óyeme, si quieres,
 las leyes de moral que te aconsejo:
 —De joven sé ateniense en los placeres,
 pues serás espartano en siendo viejo.
 En lo real é ideal obra de modo
 que no choquen el alma y la materia.
 Quien no aspira á ser nada, ya lo es todo.
 No hay amor que resista á la miseria.
 Cuando es cuerdo el placer, vive de poco.
 Confía en ti primero y en ti luego;
 si el creer demasiado es ser un ciego,
 el no creer en nada es estar loco.
 Sé flexible y tenaz como el acero.
 Lavarse bien es la virtud suprema.
 Hoy el tener ó no tener dinero
 es el ser ó no ser, es el problema.
 No busques la constancia en las mujeres,
 y si alguna te deja,
 la volverás á conquistar, si quieres,
 colgándole un diamante en cada oreja.
 Procura no encontrar en tu camino
 cierta clase de bellas
 que forman de la vida un remolino
 en el cual todo muere, menos ellas.
 Desprecia lo que va por lo que viene.
 Todo negocio de mujer es malo.
 ¡Qué bien manda á los hombres el que tiene
 en una mano el pan y en la otra el palo!
 En fin, nunca camines
 por cuevas empinadas y escabrosas,
 pues sólo triunfarás cuando te inclines
 del lado de la fuerza de las cosas.—

VIII

¿Mis consejos te extrañan?
 ¿Qué quieres, hijo mío? Aunque te asombres,
 para mí, ya los hombres
 sólo al decirme la verdad me engañan.
 Siempre tendrás, ó pasarás por necio,
 como el deber mayor de los deberes,
 para todos los hombres el desprecio,
 y afecto para todas las mujeres.
 Yo, del mundo olvidado,
 pobre y desengañado,
 con el humor más negro,

los desprecio ya tanto, que me alegro
 de verme por los hombres despreciado.

IX

Adiós; no extrañarás que no te mande
 lo que nunca he tenido,
 porque yo siempre he sido,
 en no tener un cuarto, Enrique el Grande.
 Y como esto es notorio y tan notorio,
 con mucho amor, y sin ningún dinero,
 no te mando ni un real, pero te quiero.
 En Luarca, á diez, *Fabian de Camposorio*.

CANTO TERCERO

CARTA DEL AUTOR DE ESTE POEMA
 DIRIGIDA Á SU SOBRINO
 D. CAYETANO DE ALVEAR Y RAMÍREZ DE ARELLANO

I

Cayetano querido, ¿conque dices
 que en el mundo tú y yo somos felices?
 pues aunque tu alma de pesar destroce,
 ¡oh prez de la española infantería!
 te juro por el Rey Alfonso Doce
 que no creo en tu dicha ni en la mía.

II

Yo, que en tiempos pasados
 di mis pasos primeros
 por huertos que tenían alfombrados
 con arena de Navia los senderos,
 recuerdo que, llorando sin consuelo,
 —No te vayas—mi madre me decía,
 cuando dejé en mal día
 aquel bello rincón del patrio suelo...
 ¡Ay, pobre madre mía,
 con cuánto desconsuelo
 y cuánta ingenuidad me prometía
 su voz la dicha y su mirada el cielo!

III

Mas la patria dejé; y antes que siga
la historia de mis nuevos sinsabores,
permite que, en honor de mis amores,
me seque estas dos lágrimas, y diga
que mi tío Fabián, en sus estados
viviendo como un tiempo los cruzados,
lloró, casi vecino á la pobreza,
su tiempo y su dinero malgastados,
en cuanto echó de menos, con tristeza,
el vino de Jerez de veinte grados
que se sube volando á la cabeza;
y, olvidado y sin gloria,
sintiendo, viejo ya, los sinsabores
de su variada historia,
más que llena de amor, llena de amores,
mi impenitente tío,
probando, como siempre, junto á un río,
su pasión por las bellas castellanas,
una noche pescando, hasta la aurora,
cogió con un salmón unas tercianas
al lado de una joven pescadora;
y así una fiebre lenta
puso fin á sus muchos desengaños
por no tener en cuenta
que el amor, que es un loco á los veinte años,
es un necio del todo á los sesenta.

IV

Y en cuanto al otro tío, que quería
que hiciese yo, porque él nunca lo haría,
como Dios otro mundo de la nada,
con su vida feliz, algo anticuada,
al lado, siempre al lado de mi tía,
insoportablemente virtuosa,
se murió, para hacer alguna cosa,
por no morir de fastidio un día;
y ella después, de su marido ausente,
y llena por lo mismo de pesares,
siendo esposa más fiel y más ardiente
que aquella del Cantar de los Cantares,
también murió otro día.
¡Mi generosa tía!
que una vez con el aire más sencillo
me dió un bolsillo en que guardar dinero,
aunque nunca me dió su amor sincero
dinero que guardar en el bolsillo.

V

¡Sólo vivís en la memoria mía,
mis pobres tíos y mi pobre tía!
¿Quién, de aquí en adelante,
os nombrará con cariñoso acento,
ahora que mi aliento
se va apagando, instante por instante,
como muere, extinguiéndose en el viento,
de un pájaro cantor la estrofa errante?
¡Adiós, adiós! ¡Aunque es un desconsuelo,
ya vuestro nombre amado
está tan olvidado
como lo está el sepulcro que os encierra;
pues nunca causan á los astros duelo
el que aflijan al suelo
ni el dolor, ni las pestes, ni la guerra,
así como no importan á la tierra
las luces que se apagan en el cielo!

VI

Te empezaba á decir, sobrino mío,
que no hallando la dicha apetecida
cuando seguí, como Fabián mi tío,
la izquierda del camino de la vida,
con ciego desvarío
mudé de rumbo, sin mudar de suerte,
pues hallando allí sombra, aquí vacío,
por el lado del bien llegué al hastío,
por la senda del mal corrí á la muerte.

VII

Ignorando mi ciega desventura
que hoy luce más que el sol del oro el brillo,
y que, aunque el verlo es una cosa dura,
da más honor un real en el bolsillo
que el llevar una espada en la cintura;
yo con la fe de un ánimo sencillo
tuve ambición, divinidad impura
á quien detesto, al ver en torno mío
fabricantes de leyes
que después de mandar á su albedrío,
los augustos fastidios de cien reyes
no igualan todos juntos á su hastío;
y agente vil de esta ambición de un día,

con un pasar cercano á la pobreza
 pensé en el oro; pero el alma mía
 aprendió en su dorada medianía
 que no siempre es alegre la riqueza,
 ni siempre la miseria da agonía.
 ¡No hay palacio sin algo de tristeza,
 ni choza sin un poco de alegría!
 ¿Qué importa que las almas codiciosas
 tengan por verdadero
 que aquello que más vale es el dinero,
 porque compran con él todas las cosas,
 si, al hacer un examen de conciencia,
 tengo el dolor profundo
 de ver que, en el bazar de la experiencia,
 no compra todo el oro de este mundo
 la paz de un solo día de inocencia?

VIII

¡Ay! ¿y el amor? En el humano juego
 que es muy común no ignoro
 probar por la mujer que el hombre es ciego,
 como se prueba el oro por el fuego
 y la mujer se prueba por el oro.
 De ese fatal amor, ¿hay medio acaso
 de huir la acción, cuando impensadamente
 la voz de una mujer que suena al paso
 se suele estar oyendo eternamente?
 Yo al templo del amor corrí insensato
 cuando tenía apenas
 la edad en que las venas
 la sangre juvenil toca á rebato;
 mas no me dió ventura
 la suerte para mí siempre enemiga,
 ni en la santa abstinencia, ni en la hartura,
 pues vi con amargura
 que, así como el placer da en la fatiga,
 la abstención del amor da en la locura.

IX

Y como es el humano sentimiento
 una gran colección de ecos dormidos
 á los cuales despierta en un momento
 en el mundo inmortal del pensamiento
 cualquier cosa que llama á los sentidos,
 una mujer, un pájaro, un acento,
 admirado y sensible.

con sed inextinguible
 mudé de amor y cultivé las artes;
 mas bebí en todas partes
 la eterna tentación de lo imposible.

X

Después busqué el saber; mas tú no creas
 en la base eternal de los derechos,
 pues, pese á las ideas,
 llevan el mundo á puntapiés los hechos.
 No hay ciencias que no sean deleznales,
 pues, excepto la fe, que encuentra apoyo
 del cielo en los abismos insondables,
 solamente las piedras del arroyo
 pueden tener principios inmutables.
 Yo con fe verdadera,
 apuré del saber la ciencia entera.
 ¿Y qué he sabido al cabo?
 Que el hombre, iluso, de sí mismo esclavo,
 lo que ve en su interior, eso ve fuera.
 Nunca pude, rodeado de placeres,
 hacer de mis deberes sentimientos,
 porque, á fuerza de penas y escarmientos,
 troqué mis sentimientos en deberes;
 y es que los corazones
 en las cosas humanas
 presumen ver lo real, viendo visiones,
 y los ojos, más que ojos, son ventanas
 donde á mirar se asoman las pasiones.

XI

¿Qué ha conseguido al fin la ciencia mía?
 Dudar y más dudar; tanto, que temo
 que he de ser algún día,
 como Esquilo, apedreado por blasfemo;
 y después de dudar, no he hallado el modo
 de desechar el tedio,
 pues en un mundo de ignorancia y lodo,
 no cabiendo en la fe término medio,
 ó se cree todo, ó se desprecia todo.
 Por eso, con el alma destrozada,
 tras una juventud desvanecida,
 llegué, ignorante, á esta vejez cansada,
 y en mi ansia de saber indefinida,
 buscando lo infinito de la vida,
 sólo hallé lo infinito de la nada!

XII

No hay dicha, ó no la hallé, sobrino amado;
 el caminar por el izquierdo lado
 es igual á marchar por el derecho.
 Para purgar la pena del pecado
 Dios hizo así este mundo malhadado,
 y hay que tomarlo al fin como El lo ha hecho.
 Jamás dieron la paz á mi conciencia
 ni la ambición, ni el arte, ni la ciencia;
 y corriendo de Oriente hacia Occidente,
 ni á izquierda, ni á derecha, ni de frente,
 pude alcanzar de la ventura el precio;
 y al bien y al mal, también indiferente,
 hasta me vi abrumado tristemente
 por mi propio desprecio,
 pues fui bueno, y me hallaron inocente;
 quise ser malo, y me encontraron necio.

XIII

¡Ay! feliz el que olvida
 que en el mundo no hay dicha verdadera;
 y dichoso también el que en la vida
 sufre, llora y trabaja, ¡pero espera!
 ¡Esperar! ¡Esperar! ¿Tendré la suerte
 de encontrar la ventura apetecida,
 al librarme la muerte
 de este abierto presidio de la vida?
 ¡Sí! ¡Sí! ¡La fe me llevará mañana
 á la inmortal Jerusalén divina,
 ya que no hallé la senda que encamina
 á la ciudad de la ventura humana!
 Y aunque la suerte aquí la espero en vano,
 si abajo hay una dicha como arriba,
 ruega á Dios, Cayetano,
 que, si no es un arcano,
 en un término breve y perentorio,
 alguna alma piadosa se lo escriba
 á Madrid, que es emporio
 de todas las desdichas de este mundo,
 Cortes, ocho, segundo,
 á RAMÓN CAMPOAMOR Y CAMPOSORIO.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

	Páginas
El editor al público.	V
R. de Campoamor.	VII
Recuerdos.	XI
DOLORAS.	I
HUMORADAS.	203
CANTARES.	299
LOS PEQUEÑOS POEMAS:	
El tren expreso.	325
La novia y el nido.	338
Los grandes problemas.	346
Dulces cadenas.	362
La historia de muchas cartas.	371
El quinto no matar.	380
La calumnia.	389
Dichas sin nombre.	398
Cómo rezan las solteras.	404
El anillo de boda.	409
Los amores de una santa.	413
Los buenos y los sabios.	439
Don Juan.	473
El trompo y la muñeca.	493
La gloria de los Austrias.	501
Los amores en la luna.	507
La música.	518
La lira rota.	525
Los amoríos de Juana.	533
El amor ó la muerte.	548
La orgía de la inocencia.	554